

MARCEL, Gabriel: *Filosofía para un tiempo de crisis*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1971. 250 págs.

Afortunadamente para la filosofía y para cuantos a la filosofía dedicamos nuestras preferencias vocacionales, Gabriel Marcel, uno de los filósofos más notables de nuestro siglo, viene prolongando aún su doctísimo magisterio en su casa, en la que recibe a profesores y alumnos ávidos de sus enseñanzas, y en las publicaciones que felizmente nos prodiga.

El libro que ahora presentamos es la traducción española del que con el título *Pour une sagesse tragique et son au-delà* fue publicado en París en 1968. El libro representa «la imagen de toda la obra del autor». Y esto significa que consiste en un conjunto de investigaciones más bien que en un sistema estructurado. Cada una de las conferencias que componen la obra corresponde a las corrientes que recorren el campo de la eterna interrogación en que consiste el filosofar. Por eso, y no sin ciertos reparos del propio autor, el título podría haber sido el que llevó como comunicación a la Sociedad de Filosofía: *El ser ante el pensamiento interrogatorio*. Porque la esencia «se me aparecía como debiendo constituir el lugar de una meditación renovada, por mucho que se pueda soñar en relegarla hasta no se sabe qué esfera subalterna».

Por eso Gabriel Marcel dice que desde hace veinte años «no he dejado de rebelarme contra la etiqueta de existencialista cristiano que me fue aplicada». Y tiene razón, porque nuestro autor no ha desperdiciado ocasión para subrayar «la diferencia que conviene mantener entre una búsqueda filosófica asentada sobre la existencia y una doctrina que pretende conferir a ésta una verdadera primacía en relación con la esencia».

Comienza el autor preguntándose «¿qué se puede o qué se debe esperar de la filosofía?». La respuesta a esta pregunta supone ya en su base lo que podría llamarse un compromiso personal, o incluso, en un sentido más profundo, una vocación; la filosofía es como una respuesta a una llamada. La filosofía jamás puede ser comprendida de otro modo que en función de una cierta exigencia del espíritu humano, y estas exigencias deben ser referidas a las situaciones generales y concretas que contribuyeron a su nacimiento. En consecuencia, quiere mostrar aquí Gabriel Marcel lo que parece ser el tipo de exigencia filosófica que «surge de modo particularmente apremiante en la época en que vivimos». Por eso conviene, pues, ante todo, partir de una descripción general y penetrante que aborde la situación en que hoy se encuentra la humanidad, o al menos «la fracción occidental de la misma, sobre la que recae especialmente nuestra observación».

Ya desde hace casi una treintena de años Gabriel Marcel viene afirmando que la edad contemporánea «se caracteriza por lo que sin duda se podría llamar la *desorbitación* de la idea de función», comprendiendo aquí las funciones vitales (a las que reducen al individuo el materialismo histórico, por una parte, y el freudismo por otra) y sociales (función-consumidor, función-productor, función-ciudadano, etc.); se identifica al hombre con sus funciones. Y no se puede dudar de que este sombrío diagnóstico «se hace cada vez más exacto», y «no sólo es triste este es-

pectáculo para quien lo mira: existe el sordo, el intolerable malestar sentido por quien se ve reducido a vivir como si se confundiese efectivamente con su función...». La vida en un mundo basado sobre la idea de función «se encuentra expuesta a la desesperación y desemboca en la desesperación, porque en realidad este mundo está vacío, porque suena a hueco».

Si hay lugar para preconizar actualmente una sabiduría trágica, como Marcel intenta hacer en este libro (recuérdese su título original francés), es ante todo «en razón de unas amenazas que pesan sobre una humanidad superada por sus propias creaciones, por el desarrollo hiperbólico, no sólo de las técnicas, sino por el pantecnicismo que a fin de cuentas desemboca en el vacío». Es el nihilismo tal como lo vio Nietzsche. Y es en la línea de esta perspectiva y de su explicación necesaria donde ha de inscribirse la indagación de una «filosofía para un tiempo de crisis». Porque sólo a partir de esa perspectiva es posible aportar una respuesta definitiva. Si la vida resiste a la desesperación es únicamente en la medida en que en el seno de esta existencia «actúan en su favor ciertas potencias secretas, cuyo pensamiento o reconocimiento no tiene vigencia en la actualidad».

Lo que se puede esperar de la filosofía en el momento histórico en que nos encontramos, «es, ante todo, la aportación de un diagnóstico, del que acabo de proporcionar un elemento que creo importante, y que se halla dirigido, ante todo, hacia el riesgo de deshumanización que comporta el desarrollo intensivo de la técnica en nuestro mundo». También puede esperarse de ella, dice Gabriel Marcel, que nos permita «tomar una conciencia tan lúcida como sea posible de la profunda confusión, casi siempre inarticulada, que experimenta el hombre en este medio técnico y burocrático donde lo más profundo de sí mismo permanece no solamente ignorado, sino continuamente reprimido hasta su raíz».

Nos encontramos a Gabriel Marcel ante esta filosofía, que es su propia filosofía: «la filosofía de la luz a la que me he referido a menudo desde el día en que me surgió, como en un destello, la idea de una *luz que siente la alegría de ser luz*». Diríamos que es el «itinerarium mentis et cordis ad Deum», que es la Luz y la Verdad, que es el que ha seguido Marcel en su filosofía cristiana y al cual ha de retornarse como filosofía de la verdad, filosofía de siempre y «filosofía para un tiempo de crisis».

Es «la luz que alumbra a todo hombre que viene a este mundo», según el texto del Evangelio según San Juan, y de la cual participa el ser humano en cuanto tal, «a menos que caiga en un nivel animal o incluso inferior al animal» (pág. 35).

Y saliendo Marcel al encuentro de quienes puedan objetarle que confunde la filosofía con la religión, he aquí su respuesta: «Creo sinceramente que hay y que debe haber una convergencia secreta entre filosofía y religión, pero también creo que el instrumento es completamente diferente en ambos casos. La religión no puede apoyarse, en efecto, más que en la fe. Por el contrario, creo que el instrumento de la filosofía es la reflexión».

Contra los detractores de la filosofía y el cientifismo que la reduce

a un resto, casi podría decirse como algo «inoperante», cuya persistencia no es en realidad sino tolerada, considerada como una tradición cada vez menos respetada, el filósofo—y gran filósofo Gabriel Marcel—responde que «si la filosofía tuviese que reducirse a algo semejante, sería de desear su desaparición». Y contra quienes piensan que el término verdad no cobra un sentido definido si no es en las ciencias, esto—dice nuestro autor—equivale sencillamente a proclamar la dimisión de la filosofía.

De aquí la «responsabilidad del filósofo en el mundo actual» a cuyo tema dedica Marcel un capítulo de su libro. La finalidad esencial del filósofo consiste en «favorecer la madurez existencial» y, sobre todo, en determinar sus condiciones. La responsabilidad del filósofo con respecto a sí mismo no puede estar dissociada más que por abstracción de su responsabilidad con respecto a los demás hombres. Por eso «una filosofía digna de este nombre no puede desarrollarse, ni tampoco definirse, sino bajo el signo de la fraternidad».

No queremos contrariar al admirado e ilustre filósofo llamándole «existencialista cristiano» (lo que, como hemos dicho, él mismo repudia), pero sí afirmamos que Gabriel Marcel, el de la «filosofía de la luz, *que siente la alegría de ser luz*», es un filósofo cristiano, o acaso mejor, para no suscitar polémicas sobre la filosofía cristiana, un cristiano que filosofa y que ha llegado, filosofando, a la luz de la verdad, que es participación de la Luz y la Verdad «que iluminan el mundo». El ateísmo vivido, dice en *El humanismo y sus supuestos existenciales* (que forma un capítulo del libro que presentamos), «no puede más que abrir el camino a la desesperación, lo cual viene a decir que no puede ser sino un camino de muerte» (pág. 75).

En la hora presente, para un filósofo consciente de sus responsabilidades, al mismo tiempo que de los peligros que amenazan a nuestro planeta, «no hay probablemente tarea más importante—termina Gabriel Marcel—que la consistente en encontrar las seguridades existenciales fundamentales, constitutivas del ser humano verdadero en cuanto *imagen de Dios*».

Quiera Dios que el Magisterio vivo de Gabriel Marcel se prolongue, con su vida, muchos años, porque las enseñanzas que nos ha ido dejando y su «filosofía de la luz» esas serán eternas.

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

MARQUISSET, Jean: *Los Derechos naturales*. «Colección ¿qué sé?», número 37. Oikos-Tau, S. A. Barcelona, 1971. 123 págs.

Con el título original *Les Droits Naturels*, su autor, Vicepresidente honorario del «Tribunal de Grande Instance de la Siene» y Laureado de la Academia Francesa, Jean Marquisset, nos presenta en este libro una exposición más sobre uno de los temas que más se ha escrito en los últimos años: los derechos humanos.